

El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia, formalmente, y tome la de los vencedores, es decir, que se aculture. Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz, habla en cristiano y en indio, en español y en quechua.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS,  
*El zorro de arriba y el zorro de abajo*

# CUÁL ES NUESTRO IDIOMA

**Un palimpsesto y cinco  
recados sobre la supuesta  
unidad del habla de esta  
América**



**A propósito del V Congreso de la  
Lengua Española de Valparaíso**





**CUÁL ES NUESTRO IDIOMA**







Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que—con su debida coherencia y fundamentos—la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Carlos Labbé.  
Agradecemos a Francisca García, Ana María Briede, Diego Álamos, Andrés Ajens y Martín Centeno.  
Diagramó el libro Carlos Labbé.  
El diseño de portada fue realizado por los editores.

Esta edición se terminó de imprimir el 25 de febrero de 2010 en la casa de Sangría Editora, Santiago de Chile

La composición de este libro fue realizada en tipografía Georgia. La impresión de los 100 ejemplares de esta primera edición se hizo en láser a una tinta sobre papel bond blanco de 75 gramos para el interior y papel tiziano rojo fuego de 160 gramos para la cubierta.

Este libro se distribuye sin dinero de por medio. Permitimos la reproducción completa y parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico.





## **SOBRE ESTE PASQUÍN**

*Cuál es nuestra lengua* es la primera publicación en la línea Intervenciones de Sangría Editora.

La siguiente polifonía de lenguas críticas chilenas y americanas busca dispersar con imaginación literaria y editorial a quienes están seguros de que hablamos un solo idioma y de que tenemos que vivir de la jerarquía económica. Queremos intervenir de vuelta a quienes buscan hacer congresos y negociados a partir de nuestras hablas privadas.

**Palimpsesto de  
hablas americanas.....5**

**Recados políglotas.....29**







## **PALIMPSESTO DE HABLAS AMERICANAS**

*El palimpsesto es un manuscrito que en la superficie de su escritura actual conserva huellas de un texto anterior.*



¿Cuál ingenio mortal sabría comprender tanta diversidad de lenguas, de hábitos, de costumbres en los hombres de estas Indias?

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO,  
*Historia general y natural de las Indias*

Lo que hoy llamamos América comenzó siendo, en verdad, un ente discursivo en el que confluyeron la crónica militar y la teología, la observación geográfica y la fantasía, el mito y la ciencia, el poder y la utopía, la figura de Bartolomé de Las Casas y la sombra de Caín.

MARTÍN CERDA, *Escombros*



Hacia el siglo XV, unos setenta años antes de la llegada de los conquistadores españoles, los incas subyugaron el país hasta las riberas del río Maule, donde se encontraron con la tenaz resistencia de la población mapuche. Según Rodolfo Oroz, existen testimonios de que, tras la dominación exterior, parte de la población allí asentada fue



removida y reemplazada por gentes del inca. El norte del territorio de la actual República de Chile recibió el impacto de la lengua incaica, la que penetró a su vez a la lengua mapuche y de la cual ésta adoptó no pocos vocablos. Sin embargo, Oroz considera que el quechua no desplazó las lenguas autóctonas de la región. Su influjo se limitó a préstamos. Muchos de los topónimos chilenos de esa región, desde el punto más al norte del país hasta la provincia de Santiago, manifiestan la procedencia quechua.

Chile fue conquistado desde el Perú. Diego de Almagro (1475-1538) inició la fallida conquista del territorio chileno (fue ejecutado en el Cuzco por seguidores de Pizarro, contra quien Almagro se había sublevado). Pedro de Valdivia, teniente bajo las órdenes de Pizarro, emprendió la conquista de Chile en 1540. Fundó las ciudades de Santiago, Concepción, Valdivia y Confines. Los mapuches le dan muerte en la batalla del fuerte de Tucapel. Su sucesor, Hurtado de Mendoza, conquistó y exploró las regiones del sur donde también se encontró con la enconada resistencia de los mapuches, quienes quemaron varias veces las ciudades fundadas por los españoles. Las insurrecciones aborígenes se prolongaron hasta el siglo XIX, cuando fue quebrada definitivamente la resistencia a la dominación española.

Los conquistadores españoles ayudaron a propagar términos de origen quechua que en la



actualidad se encuentran no sólo en la lengua nacional chilena, sino también en el español de muchas naciones americanas y hasta en otras lenguas europeas. Los misioneros, por su parte, en su intento de evangelizar a las tribus indígenas, se vieron en la necesidad de estudiar sistemáticamente la lengua de los aborígenes.

Con respecto a las demás lenguas indígenas que se encontraban en el territorio chileno a la llegada de los conquistadores españoles, según Oroz todas han sucumbido al empuje del castellano. Lo que sobrevive de ellas es poquísimo. Un ejemplo de ello es el pueblo atacama o atacameño, que hablaba su propio idioma, el kunzu, el cual no se ha podido hacer concordar con ningún otro. Se conserva un breve vocabulario de la lengua atacameña, hoy desaparecida entre los idiomas hablados.



MIGUEL CORREA MUJICA,

*Influencias de las lenguas indígenas en el español de Chile*

Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarán cada uno su lengua, o, por decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del estado, a la unidad nacional.

ANDRÉS BELLO,

*Advertencias sobre el uso de la lengua castellana*



Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos alientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada de Arauco. [...] De ahí que un mismo hombre hable distinta lengua cuando vuelve los ojos ahondadores a las épocas muertas, y cuando, con las angustias y las iras del soldado en batalla, esgrime el arma nueva en la colérica lid de la presente.

JOSÉ MARTÍ, *De la Revista Venezolana*



Un dios llamado Yahvé se dio cuenta de que todos los hombres formaban un solo pueblo y hablaban una sola lengua, por lo que nada les impediría llevar a cabo lo que se propusieran.

Así fue como intentaron llegar al cielo.

Un rey llamado Fernando y una reina llamada Isabel unieron en su matrimonio vastos territorios y consideraron que era propicio imponer una lengua oficial para todos. Más aun, quisieron aventurar nuevas rutas comerciales pero descubrieron un nuevo continente multilingüístico, donde también instalaron su lengua para formalizar el dominio.

Así fue como intentaron invisibilizar un continente.

Para impedir la grandeza de los hombres, el dios llamado Yahvé descendió sobre la tierra, confundió su único lenguaje (de modo que no se



entendieran los unos con los otros) y, a su vez, los dispersó por toda la faz de la Tierra.

Por su parte, el rey Fernando y la reina Isabel, quienes ya se habían encargado de que la antigua Hispania llegara a ser España, supusieron que al formar un solo pueblo con su sola lengua nada les impediría llevar a cabo lo que se propusieran. Ambos, sin descender de su trono, se dispusieron a congregar lo incongregable.

Los pueblos y las lenguas del nuevo continente, religiosamente fundidos a la naturaleza existente, se percataron de que su riqueza dependía de la multilingua. En ese sentido, para impedir la grandeza de unos reyes llamados Fernando e Isabel, quienes suponían que nada les impediría llevar a cabo lo que se propusieran, los pueblos y las lenguas del nuevo continente confundieron el único lenguaje real (de modo que no se entendiera el uno con el otro) y, a su vez, los dispersaron por toda la faz de su propio continente a través de arduas batallas.

Hasta hoy, quinientos años después, permanecen estoicos los pueblos y las lenguas del nuevo continente a pesar de las arduas batallas. Medio mito medio secreto, en la ciudad se asoman de manera camuflada y requieren de una percepción atenta; al salir de ella, al observar la montaña, al andar el desierto, al morder el fruto o nadar la mar fácilmente se encuentra uno con la impronta original.

FRANCISCA GARCÍA B., *La verdadera historia*

Algunos se mueven a creer que los naturales de aquellas partes descenden de los del pueblo de Israel, porque muchas de sus ceremonias, usos e costumbres conforman con las de aquellas gentes, y la lengua de Mechuacán, que era un gran reino, dicen que tiene muchos vocablos hebreos; y esta lengua y casi todas las demás son semejantes en la pronunciación a la hebrea.

ALONSO DE ZORITA,  
*Relación de los señores de la Nueva España.*

Eypi ga machi, wüño eypikilge.  
Koni ñi küymin. Amuge  
mawüzantü mew ügümmemeam ta mapu ñi kewün  
ka gülawam eyimi mi zuam.

Amuayu wigkul mew mülen mew apo küyen,  
tüyew ülkatulelpugayew. Fey mu müten:  
allkütuam pu püllü wün mew<sup>1</sup>.

ADRIANA PAREDES PINDA, *Lenguas secretas*

---

<sup>1</sup> Lo dijo la machi, no lo repitas.  
Entraba en trance. Anda  
a la montaña a esperar que la lengua de la tierra  
también se abra para ti.

Iremos al cerro sobre la luna llena,  
allá te cantaremos. La única manera:  
escuchar los espíritus al amanecer.

[Traducción al castellano chileno de Víctor Cifuentes]

«Quand l'esprit saint baissera sur eux, parleront des langues, mais ce qui est pagana ne sera pas entre elles». O sea, «cuando el espíritu santo baje sobre ellos, hablarán lenguas, pero la pagana no estará entre ellas». Entendí por qué el sacerdote, en sus borracheras, se felicitaba por la tarea cumplida: eliminar de la faz de la Tierra un lenguaje bastardo, el único hijo robusto de dos lenguas de familias tan distintas como ajenas: el castellano y el mapudungun de Chiloé. Aquel viejo militante de L'accion catholique, que hubiera deseado el regreso de la monarquía a Francia y el mundo, intuía que el crecimiento del más humilde de sus brotes era una anomalía monstruosa. Una que podría remover incluso los cimientos del cielo. Porque una lengua realmente mestiza es mil veces más peligrosa que una presuntamente pura: [...]¿No sería acaso un idioma mestizo realmente americano la «poma lucida», el artefacto que nos permitiría dejar atrás parte de las cegueras del castellano, conciliar a invasores e invadidos, ser un buen poco otros y ver el pasado, el futuro, lo sagrado y lo profano de una forma nueva? Por supuesto que sí. A Furchgott tal aventura, tal posibilidad de independencia, se le hacía insoportable, demoníaca.



RODRIGO LARA SERRANO, *La cosecha de pulgas*

como que me huele que no habla  
janjamarakisa aymarsa parlktati aymara  
como que me huele que ni palabrea quechua  
janjamarakisa q"ichwsa arsktati  
de qué pagos viene  
kawksa tuqitsa jutawayta  
qué habla habla  
kunäsa  
parlamaxä kunäsa arumaxä  
lengua, cuál  
no es acaso progenie  
suya awk taykamaxä janiti aka uraqita  
de estos páramos parajes  
p'axälluriki, yuritakarakixä  
aún del nacer  
y no fuera collera entera  
jumäxa janiti qülla jaqina wawapaktasa  
y retoño tal  
quién fuera...  
k"it"itasa... ch"uy... k"it"itasa...  
quién fueras – cuál<sup>2</sup>

ANDRÉS AJENS, 3 aguayos

---



<sup>2</sup> Pasaje de Qulla aymara «Jaqitaki k"it"itasa», de Rufino Phaxsi Limachi, en *Aymar Yarawiku, Immenaqubol, Chukiyawi marka* (La Paz), s/d, página 30, con entremuda romance suscrita. El yarawi o arawi, canto o endecha surandina, siguiendo a Guamán Poma, fue préstamo del quechua o runa simi ahí donde los collas aymara-hablantes decían wanka. Vistas las hipótesis en torno a un supuesto «fondo común» aymara y quechua, o proto-aymara-quechua (Cerrón Palomino, E., Hardman, M. J., etcétera), dejo la cuestión visiblemente aquí entreabierto [Nota del autor].



Más importante que la tan citada frase –la lengua es la compañera del Imperio– con que fuera celebrada la *Gramática sobre la lengua castellana* (1492) de Nebrija, primera de una lengua romance, fue la conciencia que tuvo la ciudad letrada de que se definía a sí misma por el manejo de la lengua minoritaria (a veces, casi secreta) y que defenderla y acrisolarla era su misión primera, único recurso para mantener abierto el canal que la religaba a la metrópoli que respaldaba su poder. Pues los letrados, aunque formaron una clase codiciosa, fueron la clase más leal, cumpliendo un servicio más devoto a la Corona que el de las órdenes religiosas y aun que el de la Iglesia.

ÁNGEL RAMA, *La ciudad letrada*



La mitad de las 1500 lenguas y dialectos indígenas que existían a la llegada de los españoles a América ha ido desapareciendo a lo largo de los últimos cinco siglos, dijo hoy el vicedirector de la Academia Chilena de la Lengua, Gilberto Sánchez. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió en el caso del inglés o del francés, muchas palabras amerindias quedaron definitivamente incorporadas como préstamos al léxico del idioma español, explicó a EFE el profesor Sánchez Cabezas. Ello se debió, probablemente, a que los conquistadores españoles se mezclaron con los pueblos originarios de América, lo que dio lugar al mestizaje de razas, lenguas, culturas y creencias, señaló el investigador chileno.



Un ejemplo es el nombre de Chile (derivado de «chili», un pájaro parecido al tordo), que es una de las 70 palabras de la fauna autóctona que junto a otras 115 palabras de la flora local se han integrado en el español desde las lenguas aborígenes de este país austral.

Las principales familias de las lenguas amerindias son arahuacana, caribe, mayas, yutoazteca, quechua, tupiguaraní y mapuche, explicó Gilberto Sánchez durante una conferencia sobre el aporte de las lenguas indígenas al español. A la familia arahuacana pertenecen 126 lenguas y dialectos que se hablan desde la península de Florida, en Estados Unidos, hasta la Patagonia, entre las que figura el taíno, que proporcionó la primera palabra aborígen incorporada al español –canoa–, junto con otras como hamaca y guacamayo.

De la rama caribe perviven actualmente medio centenar de lenguas que han legado palabras como cacique, caníbal y colibrí y que cuentan con apenas 40.000 hablantes repartidos por las Guayanas, Surinam, Venezuela, Brasil y Colombia. El maya se subdivide en una veintena de dialectos que se hablan en México y Centroamérica, en tanto que la familia yutoazteca abarca 16 lenguas, la más importante de las cuales es el nahuátl, con un millón y medio de hablantes en México, y que ha legado voces como aguacate, cacahuete, chicle o tiza. El grupo quechua abarca 60 lenguas muy distintas entre sí, y algunas de ellas ininteligibles,



que son habladas por diez millones de personas que habitan en Perú, Ecuador, Colombia, Bolivia, Argentina y Chile. Las lenguas quechuas han hecho una gran aportación de préstamos al español, como mama, papa, cóndor, chirimoya, mate, puma y vicuña. Del grupo del tupiguaraní, que posee unos 40 dialectos, proceden voces como jaguar, en tanto que a la familia mapuche pertenecen guata (panza), poto (nalgas), pino (pajitas de cebada o trigo) o pololo (mosca que revolotea, de donde viene el chilenismo pololeo, que quiere decir noviazgo).

AGENCIA PERIODÍSTICA EFE, 28 de abril de 2008



a. A través de su canto los pájaros comunican una comunicación en la que dicen que no dicen nada<sup>3</sup>.

b. El lenguaje de los pájaros es un lenguaje de signos transparentes en busca de la transparencia dispersa de algún significado.

---

<sup>3</sup> Los pájaros cantan en pajarístico, pero los escuchamos en español. (El español es una lengua opaca, con un gran número de palabras fantasmas; el pajarístico es una lengua transparente y sin palabras)

[Nota del autor]



c. Los pájaros encierran el significado de su propio canto en la malla de un lenguaje vacío; malla que es a un tiempo transparente e irrompible.

d. Incluso el silencio que se produce entre cada canto es también un eslabón de esa malla, un signo, un momento del mensaje que la naturaleza se dice a sí misma.

e. Para la naturaleza no es el canto de los pájaros ni su equivalente, la palabra humana, sino el silencio, el que convertido en mensaje tiene por objeto establecer, prolongar o interrumpir la comunicación para verificar si el circuito funciona y si realmente los pájaros se comunican entre ellos a través de los oídos de los hombres y sin que estos se den cuenta.

JUAN LUIS MARTÍNEZ,  
*Observaciones relacionadas con la exuberante actividad de la «Confabulación fonética» o «Lenguaje de los pájaros» en las obras de J. P. Brisset, R. Roussel, M. Duchamp y otros.*

Generalmente, como se sabe, no es necesario hablar una lengua muerta: basta con saber leerla y, en ocasiones, poderla escribir correctamente. No nos ocuparemos en esta breve disertación, sin embargo, acerca del modo de escribir una lengua muerta, ya que desde el punto de vista de la escritura, que es la lectura, ninguna lengua está muerta mientras no está olvidada; y es recordada

en tanto que sea inscrita [...] Hay que precisar vagamente que la Difunta murió rodeada del cariño de los suyos, aparentemente. Su epitafio (que los descreídos toman por un slogan) fue una inscripción en el dintel de la puerta de su Academia: LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR.

GUILLERMO CABRERA INFANTE, *Exorcismos de esti(l)o*

jakañanx wakisikispaw  
ch'amamp ch'amacht'asis jakaña  
Jiwañasti jawayakispaw

ajayump janchimpi –  
Wak' utapax mayamp mayampi, jallalla situti<sup>4</sup>

ANDRÉS AJENS, *3 aguayos*



---

<sup>4</sup> Incalculable dado de Zacarías Alavi Mamani, imprevisto, desde *Chuqiyapu marka* (30 de abril de 2006): variación, entreasombro (en) aymara, de una guaCa renga romance suscrita, esta:

la vida puede  
ser vívida, revívida  
¿la muerte puede

ser mortal? – ¿me reitera  
su wak'a uta de gracia?

[Nota del autor]



Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uxatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.

Buenos Aires: Cosmópolis.

¡Y mañana!



RUBÉN DARÍO, *Prosas profanas y otros poemas*

Tipo del terror iberoamericano, en política y en todo: el platense medio (no el erudito), aunque dispuesto a confesar sus italianismos, menos humillantes a sus ojos por venirle de Europa, difícilmente reconoce y confiesa los brasileñismos que se han deslizado en su habla, frontera adentro, desde la tierra «gaúcha» hasta la «gaucha». Y la recíproca es verdadera e igualmente lamentable. ¿Qué hay de malo, ni qué de extraño, en convivir y cambiar con los vecinos?

ALFONSO REYES, *La experiencia literaria*

Como argentino, me siento alejado de la corriente española. Me crié en Argentina teniendo la misma familiaridad con la cultura inglesa y francesa que con la española, así que supongo que soy doblemente extranjero. Pues incluso el español, la lengua en la que escribo precisamente como un extraño, se encuentra al margen de la principal tradición literaria de Europa.

JORGE LUIS BORGES, *Diálogo con Seamus Heaney*



El problema para mí no es escribir, el problema mío era transmitir con lengua que no era propiamente mía imágenes, conjeturas y sentimientos americanos de las cosas americanas.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS, prólogo a *Hombres de maíz*



No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *El descontento y la promesa*

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *El proceso de la literatura*

El cerco podía y debía ser destruido; el caudal de las dos naciones se podía y debía unir. Y el camino no tenía por qué ser, ni era posible que fuera únicamente el que se exigía con imperio de vencedores expoliadores, o sea: que la nación vencida renuncie a su alma, aunque no sea sino en la apariencia,





formalmente, y tome la de los vencedores, es decir, que se aculture. Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS,  
*El zorro de arriba y el zorro de abajo*

No soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiéndose en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquier parte del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraumara, sea del chilote, sea del indio amazónico.

GABRIELA MISTRAL,  
*La aventura de la lengua (recado a los californianos)*

En la realidad no hay adjetivos  
ni conjunciones ni preposiciones  
¿quién ha visto jamás una Y  
fuera de la Gramática de Bello?  
en la realidad hay sólo acciones y cosas  
un hombre bailando con una mujer



una mujer amamantando a su nene  
un funeral - un árbol - una vaca  
la interjección la pone el sujeto  
el adverbio lo pone el profesor  
y el verbo ser es una alucinación del filósofo.

NICANOR PARRA, *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*

La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir los embates populares, para conservar las tradiciones. Son [...] el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra los abusos, contra las innovaciones.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO,  
*Memoria sobre ortografía americana*

Lo más valioso en el idioma es el destino afortunado de su uso, como el artesano, el pescador, aquí el estanciero. Se ve cada palabra en la mano dura que se ejercita. Cada palabra, en su acento, ha pasado por el saboreo, y después para darse ha sido apretada por la mano.

JOSÉ LEZAMA LIMA, *Nacimiento de la expresión criolla*

Una frase de música del pueblo me cantó una rumana y luego la he hallado diez veces en distintas obras y autores de los últimos cuatrocientos

años. Es indudable que las cosas no comienzan cuando se las inventa. O el mundo fue inventado antiguo.

MACEDONIO FERNÁNDEZ, *Museo de la novela de la eterna*



entre la guaCa y la enhuelladura de la guaCa, su trayecto y otra vez, vuelta sin vuelta, a lo [ilegible] ahí entreabierto o entre la adscrita o inscribiéndose, subentiéndose enguacándose, y la guaCa antes de su término rosa morosa, monStruo con sexirugía pre-histórica, entrevero eso, excesura, ex-término cómo no la afincan esta vez los términos del inca vivo manan imatapas niwanchu (aún a ellos: nada me dice es[t]o) cómo no la afincan otra vez los términos del inca vivo transombrando de aconcagua, wak'akuna, catamarca o k'ulta

tu guaCa del tiempo no habrá sido del tiempo, sino dado, data: poemáquina íntima, oscuro solar íntimo, poemaca con todo, aquí desenquistando—que agua estelar corriendo aguayo—, huaca a guaca

tus guaCas (de tripas corazón, a contramáquina), tus des/gracias

ANDRÉS AJENS, *Perflujos, destellos, desguacas*

Todo el mundo habla hoy de los muchos miramientos con que hemos de tratar lo particular y lo local, no pocas veces hasta darnos de narices con el doble despeñadero del minimalismo y la trivialización, y cerrando los ojos de ese modo a la hipótesis e incluso a la posibilidad de la hipótesis sobre el sentido que pudiera tener lo general. Esto nos pone de nuevo frente a la vieja encrucijada de Bello: la del temor a que las fuerzas centrífugas,



incrementadas en nuestra época por los efectos deletéreos de la «globalización», o sea, por los efectos de la nueva ola de mundialización del capital y sus secuelas culturales, acaben con cualquier tipo de vínculo entre las gentes que pueblas esta ribera del mundo. Es obvio, por otro lado, que si «la cosa» se nos escurre de las manos, si se nos está escurriendo de las manos de esta manera y hoy mismo, el preguntarse por su nombre cesa de ser para muchos un asunto de interés. Para decirlo pronto y claro: si hemos terminado por desprecio-cuparnos tan frívolamente de los nombres de América, de los nombres de esta América, a la que Bilbao y Martí denominaron la «nuestra», ello podría ser un indicio funesto de que «la cosa» está dejando callada y simplemente de existir.

GRINOR ROJO, *Nota sobre los nombres de América*

Basta ya de vuestros pedazos de hombres, de vuestros pequeños trozos de vida. Basta ya de cortar el hombre y la tierra y el mar y el cielo.

Basta ya de vuestros fragmentos y de vuestras pequeñas voces sutiles que hablan por una parte de vuestro corazón y por un dedo precioso.

No se puede fraccionar el hombre, porque adentro hay todo un universo, las estrellas, las montañas, el mar, las selvas, el día y la noche.

VICENTE HUIDOBRO, *Total*

Femgechi mu kimfiñ ñi vy ti fillem lawen ka fillem anvmka. Feyti pichike piru mvley ñi femal egyn. Chem rume zoykvlelay tvfachi mapu mew. Fey tvfachi afmapun epun trokiñkvley kvmekelu ta mvley wezakeñma egu ta mvleam. Che ta rumel mogen mapu gelay. «Mapuche fey piley mapumu tripachi che pilay», pinerpuenew<sup>5</sup>.

ELICURA CHIHUAILAF, *Recado confidencial a los chilenos*

Un cuerpo a como dé lugar y que habla al estilo de El mono gramático de Octavio Paz. Es muy poco lo que vengo a decir, palabra hinchada y delincuente, delictiva únicamente en razón de la envidia a las planas llenas y colmadas, gran diccionario articulado y vivo, voces que se desprenden del sentido llevado por el resto, exceptuados tecnicismos que son la melancolía de la piedra. Por eso los lexicones recorren los fondos marinos, y rara vez vemos el pez jurásico que escasea. El imperio de la ciencia, es imperante tener un mapudungún entonces dado a los giros de la carta universitaria internacional. La academia se desvive convirtiendo, trasladando, maquillando lo apenas

---

<sup>5</sup> Aprendo entonces los nombres de las flores y de las plantas. Los insectos cumplen su función. Nada está de más en este mundo. El universo es una dualidad, lo bueno no existe sin lo malo. La tierra no pertenece a la gente. «Mapuche significa Gente de la Tierra», me iban diciendo. [Traducción al castellano chileno del propio autor]

distinto, para que suene y valga. Loable misión aunque refleje un Quijote descarnado, lo que no es nada nuevo. Así, el chileno busca oídos y viene callando, rompiéndose en los suburbios a falta de aire en los pasillos. Cómo vamos, vamos a necesitar el beneplácito o anuencia real para confirmar lo predicho. Y el lenguaje que se basta a sí mismo, que se hunde y de pronto presta sentido, o es entendido, se acovacha ante el ruido de la sapiencia. Si desentendiéramos a este sapo – que no embrujado sino brujo– acaso volveríamos a encontrar los nombres perdidos, muertos en el glosario de esta lengua.



DIEGO ÁLAMOS,

*El repliegue verbal. Una consecuencia lexicográfica*

Quiero escribir, pero me sale espuma,  
quiero decir muchísimo y me atollo;  
no hay cifra hablada que no sea suma,  
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Quiero escribir pero me siento puma;  
quiero laurearme, pero me encebollo.  
no hay toz hablada, que no llegue a bruma,  
no hay dios ni hijo de dios, sin desarrollo.

Vámonos, pues, por eso, a comer yerba  
carne de llanto, fruta de gemido,  
nuestra alma melancólica en conserva.



Vámonos! Vámonos! Estoy herido;  
vámonos a beber lo ya bebido,  
vámonos, cuervo, a fecundar tu cuerva.

CÉSAR VALLEJO, *Intensidad y altura*

No habrá nombre único, aunque sea el nombre del ser. Y es necesario pensarlo sin nostalgia, es decir fuera del mito de la lengua puramente materna o puramente paterna, de la patria perdida del pensamiento. Es preciso, al contrario, afirmarla, en el sentido en que Nietzsche pone en juego la afirmación, con una risa y un paso de danza.

JACQUES DERRIDA, *La différance*









## RECADOS POLÍGLOTAS

*Mensajes en el sentido que impuso Gabriela Mistral,  
cartas privadas que de oído a boca y de boca a oído llegan  
a quien deben llegar antes de hacerse públicas.*

### **Un mensaje abierto y una puerta cerrada**

CARLOS LABBÉ

¿Cuál es el problema con que se lleve a cabo el V Congreso de la Lengua Española (CILE) en Valparaíso, acá en Chile? Desde una perspectiva crítica, estos congresos de la lengua española son una iniciativa organizada periódicamente desde la Corona de España y desde la Real Academia Española para seguir dictando de qué tenemos que hablar y preocuparnos los habitantes de lo que ellos llamaron América, y también cómo tenemos que decirlo. No es necesario que me extienda aquí sobre el hecho de que en los primeros trescientos y más de los quinientos veinte años en que este continente ha estado bajo el influjo de la monarquía de Castilla y Aragón hubo un genocidio dirigido por las mismas instituciones que ahora vienen a




celebrar a Valparaíso, que la unidad de América que la Real Academia de la Lengua hoy celebra se construyó en base a miles y miles de vidas humanas que fueron masivamente masacradas luego, en base a otros miles de esclavos africanos que fueron desarraigados y trasladados en condiciones paupérrimas, en base a la ruptura de un modo de vida que estaba en armonía con el entorno y el medioambiente –la de los pueblos indígenas– y a la consiguiente instalación de un naciente libre comercio urbano cuyo centro, por supuesto, era Madrid. Finalmente hubo también la imposición de una lengua, y nosotros como editores y escritores resentimos sin saberlo –por eso nunca logramos ponernos de acuerdo del todo– el forzamiento de un idioma que no se corresponde con nuestro paisaje, con nuestros cuerpos mestizos y con nuestro sustrato inconsciente.

Hasta ahora nunca ha habido una disculpa pública de la Corona y de la RAE sobre los horrores e imposiciones que han llevado a cabo sobre América, siquiera una discusión al respecto. Incluso el Vaticano –institución más conservadora no se me puede ocurrir– ha pedido perdón por algunos cuantos terrores de los que han participado, pero las cabezas de España no. El pueblo diverso de España, entre muchos los extremeños, catalanes, gallegos, sevillanos, vascos o el madrileño que anda a pata por sus calles no cargan con la responsabilidad de su Rey y su Director de





Academia, incluso muchos de ellos como inmigrantes han hecho aportes provechosos en Chile y otros países de acá a la manera de personas singulares, sin tener que refugiarse en instituciones. Pero el problema es que esa intrusión de la Corona continúa más vigente y feroz que nunca en la forma de los directorios de las empresas españolas que tienen una gran parte de la propiedad de empresas locales de energía, de telecomunicaciones, de recursos hidroeléctricos y otras materias primas, más –por supuesto– grupos editoriales y de prensa como Planeta-Espasa Calpe y Prisa-El País-Santillana, que son los dos grupos editoriales con mayor participación en este y otros congresos de la lengua española. Lo más complicado para nosotros –los grupos económicos pueden hacer lo que quieran en este mundo, porque son privados– es que el Estado de Chile, a través del Consejo de la Cultura, está avalando esta forma tanto histórica como actual de imperialismo de unos cuantos intereses madrileños en forma de una «fiesta de la cultura» no sólo para todos los chilenos –con las platas de todos los chilenos–, sino nada menos que como parte de la celebración del bicentenario de una supuesta independencia nacional de cada país de América.

Escribiendo esta argumentación quedo perplejo de lo lineal que parece nuestra historia durante los últimos cinco siglos. Sabemos muy



poco de la historia de la gente que estaba acá antes de que llegaran los conquistadores de España, apenas nos acordamos de que la lengua ona y la diaguita desaparecieron de la memoria de la humanidad, de que en Chile los mapuche están en guerrilla contra el Estado para poder tener unas tierras que ellos consideran ancestrales, que nunca se ha realizado un Congreso de la Lengua Quechua y nos ofrecen participar de la quinta versión del encuentro mundial en torno a una lengua que se supone que todos hablamos en América pero que ni siquiera en España los españoles de la calle reconocen como propia y nacional: si el castellano no es el español y el español no es la lengua americana, ¿por qué sumarse a esta celebración sólo para vender libros, sólo porque nos invitan desde el Consejo de la Cultura de Chile, que como siempre se muestra acrítico, carente por completo de discurso cultural, que según las políticas públicas de cultura de los últimos cuarenta años reduce los acontecimientos culturales a intercambios meramente económicos?

Creo que esto es un problema con muchas aristas. Yo mismo no estoy seguro de que haya una respuesta simple, sí que ante un evento como el V Congreso de la Lengua de Valparaíso lo más fácil sería restarse, tomar palco y criticar, pero tal vez sea necesario participar de una ruptura con las inercias generacionales de las últimas décadas



e ir al lugar, lograr que haya por lo menos debate sobre qué idioma hablamos, cuál es nuestra cultura, cómo tendrían que ser nuestras políticas culturales, y el lugar para hacerlo es el congreso mismo. Obviamente ni el Rey ni nuestros políticos nos van a escuchar ni menos van a debatir sobre asuntos que pueden complicar sus planes –a lo más veremos en ellos una sonrisa irónica que aunque parece decir «pucha que son ingenuos, cabros», en realidad dice «no nos revuelvan el gallinero justo ahora que la producción de huevos está dando ganancias»–, pero nosotros como microeditores y como chilenos tenemos que reaccionar ante esta falta de discusión sobre el legado de quienes nos siguen invadiendo en nuestra propia casa y sobre nuestra incapacidad de abrir nuestras puertas o cerrarlas a quien queramos.

*Santiago, 2 de febrero de 2010*



## Sobre las disculpas<sup>6</sup>



JOHN MAXWELL COETZEE

En un nuevo libro titulado *Sense and Nonsense in Australian History*, John Hirst vuelve a abordar la cuestión de si los australianos blancos deberían pedir disculpas a los aborígenes australianos por haber conquistado su tierra y tomado posesión de ella. Desde el escepticismo pregunta si las disculpas sin devolución significan algo, si en verdad no son «tontería».

Esta es una cuestión crucial no sólo para los descendientes de los colonos de Australia sino también para sus equivalentes en Sudáfrica. Allí la solución es, en cierto sentido, mejor que en Australia: la entrega de tierras de labor por parte de los blancos a los negros es en aquel país una posibilidad práctica que no existe en Australia. La propiedad de la tierra, la clase de tierra que se mide en hectáreas y en la que puedes cultivar y criar ganado, tiene un enorme valor simbólico, aunque esté disminuyendo la importancia de la agricultura a pequeña escala dentro de la agricultura

---

<sup>6</sup> Este texto forma parte de la novela *Diary of a Bad Year* (2007). [Nota de los editores]



nacional. Así, cada parcela de tierra transferida por los blancos a los negros parece marcar una etapa de un proceso de justicia reparatoria cuyo final será volver a la situación anterior.

Nada tan espectacular puede proyectarse en Australia, donde la presión desde abajo es, en comparación, ligera e intermitente. Entre los australianos no indígenas, todos salvo una pequeña minoría esperan que el asunto sencillamente desaparezca, de la misma manera que, en Estados Unidos, la cuestión de los derechos a la tierra de los indígenas se hizo desaparecer.

En el periódico de hoy, un anuncio de un abogado estadounidense, un experto en responsabilidad legal, que por una tarifa de seiscientos cincuenta dólares la hora adiestrará a compañías australianas a expresar disculpas sin admitir responsabilidad. Paso a paso, la disculpa formal, que en otro tiempo tuvo la categoría simbólica más elevada, se devalúa mientras los hombres de negocios y los políticos aprenden que en el clima actual –lo que ellos llaman la «cultura» actual– hay maneras de tener la autoridad moral sin correr el riesgo de pérdidas materiales.

Esta situación no es ajena al afeminamiento o el carácter sentimental de las actitudes que se inició hace dos o tres décadas. El hombre que es demasiado inflexible para pedir disculpas –o dicho de manera más precisa, que no realizará (convincientemente) el acto de llorar, no llevará a

cabo (convincientemente) el acto de pedir disculpas— se ha convertido en una figura antediluviana y risible, es decir, que no está de moda.

Primero Adam Smith puso la razón al servicio del interés. En el curso de esta última evolución, el concepto de sinceridad es despojado de todo significado. En la «cultura» actual, a pocos les interesa distinguir (en realidad, pocos son capaces de distinguir) entre la sinceridad y la representación de la sinceridad, de la misma manera que pocos distinguen entre la fe religiosa y la práctica religiosa. Si uno plantea el problemático interrogante: ¿es esta una auténtica fe?, o: ¿es esta una sinceridad verdadera?, sólo recibe una mirada inexpresiva. ¿Verdad? ¿Qué es eso? ¿Sinceridad? Pues claro que soy sincero... ¿No he dicho que lo soy?

El muy costoso estadounidense no enseña a sus clientes ni cómo pedir verdaderas (sinceras) disculpas ni cómo pedir falsas (insinceras) disculpas, sino tan sólo cómo pedir unas disculpas que les eviten ser objeto de una demanda judicial. Para él, como para sus clientes, una disculpa sin un guión, no ensayada, probablemente será una disculpa excesiva, inapropiada, mal calculada y, en consecuencia, falsa, es decir, una disculpa que cuesta dinero, el dinero que es la medida de todas las cosas.



Jonathan Swift, deberías vivir en estos tiempos.



## Recado sobre un error

MÓNICA RÍOS

Escribo sobre un error emulando las maneras en que ha sido escrita nuestra historia. Tengo a mi vista uno de estos aparatos semimuertos, un diccionario que afirma que describe la lejanía de dos palabras unidas por todo menos su raíz. La palabra mapuche *kulpan* encuentra su sentido en la idea de hacer daño, de ofender y de caer en desgracia; la palabra mapuche *rulpan* es la que mejor puede referirse al verbo traducir, a «pasar la palabra» y, a la vez, «traer» con el significado de «traer a su lado» y «ganar la voluntad de alguien». Intento encontrar en esta coincidencia sonora las esferas de sentido que se unen en el habla, es decir en la experiencia, de esta esquina del globo para expresar lo que a las mentes mestizas puede parecernos ajeno y lógico a la vez: no hay traducción sin daño; no hay posibilidad de ganar la voluntad de alguien sin caer en desgracia. Tales ideas son, en sí mismas, una afirmación sobre la lengua, sobre cómo el idioma profiere las formas en que uno se sienta frente a otro, escucha y responde, y cómo se enquista en los sonidos un cuerpo lejano a la historia oficial.



Lo que resuena en estas circunstancias es que la independencia que encontró Chile hace doscientos años fue sólo relativa. Cuando un grupo de personas dependientes de la corona española animan a la unidad de un idioma, soslayan el problema en que se erige dicha unidad: por el norte y por el sur se escuchan los sustratos de nuestro labio cerrado. Por eso se apostan en el centro del país, que a ratos parece igualmente dividido en una grieta por donde entran constantemente lenguas, formas de vida y de pensar, una escritura, leyes, dogmas religiosos. Allí se ha escrito esta ficción de la unidad del territorio, de los pueblos, de la administración política. Decir unidad nos separa de una historia de conflictos.

Traducir significó «desechar», a la vez nos permitió hilar los retazos del problema de nuestra constitución: nos entendemos en una lengua que no es impuesta ni tampoco propia, y que es ambos problemas a la vez. Y así podemos hoy crear una fiesta en base a un error que nunca se ha podido resolver y menos olvidar, un error que produce contradicciones y reproches también al momento de reflexionar sobre nosotros, porque creemos que el ideal de la expansión es nuestro.

*Santiago, 13 de febrero de 2010*



## Elogio de la actitud veliche

RODRIGO LARA SERRANO

Cuando un idioma se hunde –espoloneado, mordido, barbarizado por otro– algunas palabras, fraseos y entonaciones, genes travestis de un animal moribundo, saltan sobre el cuerpo de la lengua invasora. Cambian su grafía y hasta dejan que se les mutile parte de su sonido y sentido, pero sobreviven. O, mejor dicho, se ganan una nueva reencarnación. No siempre las cosas son tan melodramáticas. En ocasiones las dos lenguas se enredan, se tantean, se soportan y hasta aprenden a necesitarse. Es lo que le ocurrió a «la Castilla» y al mapundungun en Chiloé. Amantes remisos, pero obligados por una soledad insular de tres siglos, tuvieron un hijo, el veliche. Si bien hoy, en otra de nuestras amnesias, se la declara nada más que la versión perdida del mapuche en la isla, el veliche derivó en otra lengua, una feliz mestiza: ¿cómo? Los colonizadores españoles y sus hijos criollos prefirieron hablar en ella antes de que en español e inevitablemente el sonido, los fonemas y la gramática del castellano se acomodaron, como en una casa ya amoblada, cambiándola.

Sin embargo, el veliche murió. Funcionarios de la República lo prohibieron. Por «roto»,



«plebeyo» e «indio». Así, al elegir la pureza de una lengua que necesita ser pulida (eufemismo por vigilada), nos entregamos –otra vez más– a la pobreza.





## Recado a la lengua

CECILIA VICUÑA

Hola lengua bienamada y transformada, ya no eres la castellana de castilla, ya no eres sino un susurro de abismo y ventisquero. la lengua nuestra empapada de otras savias y cantos. viniste aquí a matar y a borrar lenguas, o a mezclarte con ellas? al principio, en los primeros siglos, todo se hablaba y convivía. oigo el mercado de tenochtitlán con todas sus lenguas, donde el castilla era solo una más. oigo el cuzco multilingüe, su quechumara, con latín vulgar y castilla entreverado. y veo la llegada del odio que no vino de ti, sino de los que te usan para matar. venía del deseo violento de controlar el sueño y el pensar de los mestizos vibrantes de potencial. el lengüicidio, la invención de una pobreza obligada, de una cultura monolingüe no vino de ti, sino del miedo que niega y destruye la flor verbal. tú y todas las lenguas solo desean la mezcla y la combina, la riqueza del conocimiento específico, la sabiduría de la tierra. ahora dile a tus voces: no quiero ya miedo, sino la oralidad esplendente de las esferas multifónicas. diles: quiero oír las lenguas amerindias. diles: américa me dio mi lugar en el mundo y ahora toca el ayni; devolverle a américa sus lenguas y su riqueza real.

*New York, 17 feb 2010*



**Sobre lengua y poesía  
(contemporánea) amerindias.  
Cuícatl, ñe'ë porä, ikar, yarawi, ül et al<sup>7</sup>.**

ANDRÉS AJENS

Habrä habido una vez, y aun otra, una tradición –su nombre: «Occidente»– que, con todo, verosí- milmente nunca fuera una sino sólo en el deseo de sus poderes y en la economía de sus más tenaces adversos, cultura de vocación universa- lizante (y al decir «cultura», término que florece a partir de la misma raíz que la de «colonia», ya es Occidente quien habla). Lo que hoy por hoy se da en llamar *globalization*, y que habrá tenido como uno de sus precursores señeros el «descu- brimiento», conquista y colonización del «continente americano», se inscribiera de manera extrema, tal Extremo Occidente (cf. «El teatro total de Oklahoma» en *América* de Kafka), en tal apropiativa tradición tardodescendente. Nuestra puntual

---



<sup>7</sup> Intervención en el encuentro de escritores «Surescrituras», La Paz, Bolivia, septiembre del 2003, posteriormente publicada en diversas revistas de aquí y acullá (incluyendo traducción al gallego, en revista *A Trabe de Ouro* n<sup>o</sup> 69, Galicia, 2007) y levemente ajustada aquí [Nota del autor].



*entrevista* aquí: que lo propio de Occidente habrá sido sin ir más lejos de (la tradición de) lo *propio*, con sus valores de proximidad, *propiedad*, *prioridad* y *primacía*. ¿Otras «culturas» no habrán dispuesto acaso de un saber y de una práctica de lo propio? Sí, cómo no, pero no *propiamente*. Lo cual no implica sugerir que esta trama haya carecido o aún carezca de conflictos, desajustes y desvíos, tanto en el seno de sí como en el despliegue de su planetaria onda expansiva, y que en definitiva haya mucho de no definitivo en ella, inconclusa, entreabierta como fuera.

### **Lengua afuera**

La conquista y colonización del «Nuevo mundo», tal movimiento autoproyectivo, unificador y asimilero, no habrá eludido ni muy menos el elemento lingüístico –siguiendo en buena parte por demás los procesos de homogeneización operantes ya en los *propios* territorios metropolitanos de las monarquías colonizantes. Cuando en 1770, a instancias del arzobispo de Ciudad de México, el rey Carlos III de España emite la Real Cédula destinada a *extinguir* el uso de las lenguas amerindias en la América Española, la tarea se encontraba de facto bastante adelantada:



Para que de una vez se llegue a conseguir el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos Dominios, y sólo se hable el Castellano, como está mandado en repetidas Leyes, Cédulas Reales y Ordenes expedidas en el asunto<sup>8</sup>.

Cierto: durante los primeros siglos coloniales grupos de eclesiásticos, entre ellos particularmente los jesuitas, favorecieron la catequesis y/o *extirpación de idolatrías* «en» lenguas indoamericanas y establecieron innúmeras gramáticas y vocabularios ad hoc –el más temprano: el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* (náhuatl) del franciscano Alonso de Molina (1555). Pero, más allá del dato no menor de la expulsión de los jesuitas a fines de siglo XVIII, la lógica misma es utilizar momentánea y estratégicamente las lenguas aborígenes como *medio* para *extirpar* más rápida y eficazmente las alteridades sobrevenidas. La *conquista espiritual* [hoy acaso diríamos «cultural»] *del Paraguay* (1616), del jesuita y gramático guaraní Antonio Ruiz de Montoya, es ya desde su nombre más que elocuente. Y es que

---

<sup>8</sup> Citado en *Las lenguas indígenas en el ocaso del imperio español*, Humberto Triana y Antorveza, Colcultura, Bogotá, 1993.

los «vocalistas coloniales» no eran precisamente indagadores interculturales sino, en palabras del cochabambino Jesús Lara, «agentes ejecutivos» de la Iglesia y de los intereses europeos, y sus obras, «instrumentos de penetración en el mundo espiritual aborígen». Lo que no quita, de cierto, que muchos de los diccionarios y gramáticas que en su hora elaboraran sean hoy fuentes invaluable para el estudio de tales lenguas y memorias.

La política de la lengua de la Corona portuguesa no habrá diferido mayormente de la española; de hecho, en el orden de la ley se habrá adelantado algunos años. El *Diretório que se deve observar nas povoações dos índios* (1757), impulsado por el marqués de Pombal, viniera a suprimir la enseñanza de la *língua geral* o tupí misional, lengua calificada por el mismo decreto de «invenção verdadeiramente abominável e diabólica», con una retórica déspota ilustrada que amalgamara estrategia colonizadora y misión civilizante. Para concluir:



[...]será um dos principais cuidados dos Diretores estabelecer nas suas respectivas povoações o uso da língua portuguesa, Não consentindo por modo algum que os Meninos e Meninas, que pertencem às escolas, e todos aqueles índios, que forem capazes de instrução nesta matéria, usem da *língua própria* das suas

nações ou da chamada geral, mas unicamente da Portuguesa, na forma que S. M. tem recomendado em repetidas ordens, que até agora não se observaram, com total ruína Espiritual e Temporal do Estado. (Subrayo)

Con la Independencia o Emancipación americana en el siglo XIX, la situación viniera aun a radicalizarse. Más allá del fraseo indigenista presente en más de alguna gesta republicana, sea por nuevas políticas de *colonización interna* (en territorios mapuches, pampas y tehuelches, en la Amazonía, etcétera), sea por la implantación de un sistema educacional en extremo asimilador y homogeneizante y de un servicio militar de la misma ralea, las socioculturas amerindias, y con ello sus lenguas, habrán continuado siendo consideradas lastres históricos destinados a la desaparición. Las ideologías del Progreso (económicamente expresadas por Sarmiento en su disyuntiva entre *Civilización y barbarie*) acentuarán tal compulsiva desalteración. «Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América», apunta J. B. Alberdi, el padre de la constitucionalidad argentina (*Bases*, 1852).

Incluso bien entrado el siglo XX, escritores/as resueltamente «pro-indígenas» en lo social, como los nóbeles Gabriela Mistral y Pablo Neruda, estimaran *a ratos* que la única lengua digna de considerarse como tal en «nuestra América» fuera

la del conquistador (cf. Gabriela Mistral, *Lengua española y dialectos indígenas en la América*; Pablo Neruda, «La palabra» en *Confieso que he vivido*). Sólo solitaria y paulatinamente, intelectuales como A. M. Garibay y M. León-Portilla en Mesoamérica, J. C. Mariátegui, J. M. Arguedas y J. Lara en los Andes, L. Cadogan y B. Melià en Paraguay, entre otros, sea por el rescate de textos pre y poscolombinos de tradiciones amerindias, sea por el uso y/o promoción de dichas lenguas en ámbitos históricamente renuentes a ellas, habrán abierto en el siglo XX el camino para el retorno de tales alteridades reprimidas. Las reformas educativas de los últimos años, que incorporan aún con timidez la faz «intercultural bilingüe» en sus programas, y los reconocimientos incluso más tímidos de algunas lenguas amerindias como lenguas oficiales en algunos países latinoamericanos, habrán venido también a abrir espacios para una creciente inscripción y publicación de lo que se ha dado en llamar *literaturas* (en lenguas) *indígenas*. Con lo cual, sin embargo, surge desde ya más de un desafío en traducción. En primer lugar, la misma denominación «indígena» introduce el equívoco de considerar como equivalentes o partes de un mismo todo las muy diversas tradiciones existentes en lo que hoy conocemos como el *continente americano*, siendo que la unificación de tradiciones precolombinas es precisamente un efecto de conquista y colonización,



esto es, efecto de «la invención de América» por parte de Occidente, para decirlo en palabras de Edmundo O’Gorman (1957). De otra parte, en el mismo término *literatura* –como veremos enseguida– despunta un no menor equívoco.

### **¿Literaturas amerindias? O de la mora en traducción**

En los *Comentarios reales* (1618), el Inca Garcilaso –tal como para el caso mexicano lo haría tempranamente ese otro mestizo educado entre españoles que fuera Fernando de Alva Ixtlixóchitl– en reiteradas ocasiones afirma que la sociedad incaica contaba con *poetas y filósofos*, poesía y filosofía. «Los amautas», apunta, «eran los filósofos», los que guardaban *en prosa* la memoria de las hazañas de los Incas, ya en modo histórico, ya en modo de ficción: «tenían cuidado de ponerlas en prosa, en cuentos historiales» o en «modo fabuloso, con su alegoría». En tanto «los haravicus, que eran los poetas, componían versos breves y compendiosos, en los cuales encerraban la historia». Verso y prosa, fábula e historia: he aquí distinciones ya cargadas de occidentalía que, junto a oralidad y escritura, habrán venido a tentar la prevalencia de *poesía* (y aun de *filosofía*) «precolombina» y, de paso, a inscribir sin más dichos textos en el gran corpus

de la Literatura Universal (esa otra invención modernoccidental). La automaticidad de la traducción entre *amauta* y «filósofo», *haravicu* y «poeta», esto es de veras falta de traducción, no habrá sido sino un temprano síntoma del programa apropiante, del «encubrimiento del otro», en palabras de Enrique Dussel (1992) y, por lo mismo, de la ceguera ante lo singular sobreviniente (gesto que se repetirá con el traslape sin más, por caso, del *cuícatl* nahuátl, del *ikar cuna*, del *ül* mapuche, del *yarawi* quechua y aymara, del *ñe'ë porä* guaraní, y tanto otros, por «poema» o «poesía»).

Incluso la por demás interesante obra de Gordon Brotherston, *La América Indígena en su literatura: los libros del Cuarto Mundo* (1992, 1997), descomunal esfuerzo por dar cuenta del conjunto de las texturas de la *native America*, no sólo no interroga ni el concepto ni la palabra, menos los avatares de la inscripción del término «literatura» (lo hace sinónimo de texto enmarcado en general), dando por sentado que se trata de un fenómeno universal, sino que también persiste en una traducción sin traducción al hablar sin reserva no sólo de *poesía* y *filosofía* sino hasta de «universidades» precolombinas (refiriéndose, por caso, al *yacha huasi* del Cuzco). Si bien Brotherston, siguiendo en esto a J. Derrida, desarma de entrada el antagonismo entre oralidad y escritura, deshilvanando con ello la

oposición jerarquizante entre sociedades con y sin escritura, termina identificando ciertos modos de inscripción de las tradiciones amerindias con la literatura misma y criticando de paso, paradójicamente, al mismo Derrida por, en apariencia, desdeñar la *literatura* de la *native America* (y ello, según Brotherston, a causa de la «fascinación» derridiana por el *peuple écrit*, ¡el judío!). A cinco siglos de la Conquista, la misma trama: a falta de una extirpación sumaria, requisita dulcificada de *alter* en la buena consciencia *univerintegradora* de Occidente.



Si abandonamos la comprensión de la literatura como ocurrencia ubicua y universal, habremos de admitir lo entrevisto: su raigambre temporalmente circunscrita, datada, «occidental» —lo que implica al mismo tiempo vislumbrar, aun en su apertura, sus límites y fronteras. La literatura: tradición de envíos y reenvíos de entrada identificada con la escritura alfabética en general, desde donde incorpora su preinscripción oral, para reconocerse luego más específicamente en la obra alfabética bella, en la ficción bella o sublime (*belles lettres*), identificación que perdura *grosso modo* hasta hoy salvo contadas mas crecientes excepciones. La literatura como *cosa* de Occidente, como *envío* occidental: no sólo en su etimología y concepto, también en sus archivos, instituciones y remisiones en sentido lato. Subrayando el elemento conceptual, el cordobés Walter Mignolo

lo habrá dicho, tal cual: «Los conceptos de poesía y literatura son *regionales* y pertenecen a la tradición de las sociedades y culturas alfabéticas occidentales. No es ni mérito ni desmérito de una sociedad que tuvo un desarrollo paralelo a las tradiciones de Occidente no poseer o desconocer una forma de interacción que ésta última conceptualizó y dio el nombre de poesía y literatura» (*La lengua, la letra, el territorio: o la crisis de los estudios literarios coloniales*, 1986). De paso Mignolo habrá recordado el pasaje de «La busca de Averroes» de Borges, en donde el sabio árabe, empeñado en traducir a Aristóteles, se ve imposibilitado de entender el sentido de los términos *tragedia* y *comedia*, que nadie en el ámbito del Islam “presentía lo que quería[n] decir”. Lo que nos llevara a subrayar: el contacto entre tradiciones, el roce e interpenetración no apropiante entre alteridades y, por ello, no asegurado ni programable de antemano, no se ahorra ni muy menos las dificultades, responsabilidades, vericuetos y aporías de la traducción. De cierto: siempre habrá habido y podrá haber una acelerada voz cantante que sostenga: ¡mas este Borges es un cuentero! ¡Cómo le vamos a creer que los árabes carecieran del sentido y de la experiencia dramática! ¿Pues qué es el drama? Mímesis. ¿Y qué es la famosa mímesis? Imitación. ¡Y la imitación es práctica humana (incluso animal) universal –cualquier niño, aun cualquier loro, en

cualquier parte y en cualquier tiempo lo atestiguará! Es precisamente tal acelere en traducción (de facto: olvido de la traducción) lo que borra de entrada toda diferencia entre tradiciones, contrabandeando de paso la lengua circunstancialmente dominante, la mismura proritaria, la «propia». Habrá habido incluso un antologador de «literaturas indígenas» contemporáneas, por demás muy competente, que acabara subagrupando todos los textos *indígenas* colectados en «poesía», «teatro», «cuento» y «ensayo», pese a reconocer que muchas veces resulta difícil sino imposible clasificar tales textos como, por caso, ensayo o cuento (como relato o pensamiento), dada la no existencia clara de tales delimitaciones en las tradiciones amerindias de referencia (cf. C. Montemayor, *Los escritores indígenas actuales*, México, 1992<sup>9</sup>).



---

<sup>9</sup> Injusto fuera despachar de un plumazo el por demás interesante recorrido de Carlos Montemayor. Escritor y uno de los intelectuales mexicanos más activos en la valoración de las texturas «indígenas» contemporáneas, habrá pretendido fundar la universalidad de la literatura en una definición formal de ésta, como «arte de la lengua» o «arte de composición», sea «oral» o «escrita»; a partir de ello, establece paralelos entre las escrituras amerindias y la escritura griega oral (prealfabética). Mas, dado que la tropicidad y el «arte de la palabra» forman parte de todos los estadios y usos de una lengua, y que por tanto la distinción entre «lengua de arte» y «lengua cotidiana» no es un dato



Mucho de lo que hoy por hoy nos sale al encuentro como literatura contemporánea en las llamadas lenguas nativas americanas, leído desde o en relación con la tradición literaria (occidental) en que pretende ser inscrito, y muy a menudo en ¿apuradas? traducciones (generalmente son textos que vienen en versión bilingüe del propio autor), suelen ser meras extensiones maquinales de la tradición literaria dominante –muchas veces una suerte de romaticismo o tardorromanticismo aguachento. Incluso rítmicamente hay borradura de la lengua en la lengua: hasta hace muy poco, por caso, como lo remarca Wolf Lustig (*Tangara*, 2003), toda la «lírica» en lengua guaraní seguía sin excepción las rimas y las formas métricas y estróficas de la poesía española. No siempre, claro está. ¿Pues cómo no mencionar aquí, circunscribiéndonos por ahora al *runa simi* o quechua, hoy

sin más sino acontecimiento precisamente de envío y tradición, cualquier delimitación meramente formal de la literatura escamotea su misma condición de posibilidad (su historicidad). Lo anterior no significa negar las posibilidades de traducción entre tradiciones, entre *haravicu* y *poema*, para retomar los términos del Inca Garcilaso, muy por el contrario; con todo, ello conllevará una cierta mora y aún demora en traducción, so pena de obliterar la posibilidad misma de la «traducción» (entre no equivalentes), allende la ducción del Duce o conductor de ocasión. De C. Montemayor, cf. también: *Arte y trama en el cuento indígena* (1998) y *Arte y plegaria en las lenguas indígenas de México* (1999) [Nota del autor].



por hoy la más hablada de las lenguas amerindias, el *Atau Wallpaj p'uchukakuyninpa wankan*, el cantar del fin de Atahualpa (anónimo de Chayanta) o el *Taki parwa*, de Andrés Alencastre alias Kilku Warak'a (Cuzco, 1952, con reciente reedición y traducción parcial al castellano por el también poeta cuzqueño Odi González), que José María Arguedas saludara como el más importante poemario en quechua desde el siglo XVIII? Pero claro: mientras no compartamos de algún modo la extrañante familiaridad de tales lenguas-y-urdiembres, cualquier juicio, en especial de carácter estético o literario, si cabe, hubiéramos de mantenerlo en suspenso. Y si de juicios se trata (pero de eso justamente a mi juicio es de lo que hoy no se trata), habida cuenta que por estos días hay varios cientos de lenguas amerindias en vigor, se comprenderá que el susodicho suspenso fuera, *en total*, sin término.

El escritor mazateco Juan Gregorio Regino, maestro bilingüe zapoteco/castellano, es, en este trance, contundente: «La literatura en lenguas indígenas apareció recientemente en México. Es realizada por indígenas que han accedido a la escritura [alfabética] de sus lenguas autóctonas y [que] han producido diversos textos. Sin embargo, las lenguas indígenas son empleadas sólo como instrumento para decir lo que se piensa y se construye en español, es decir, no hay una reflexión y búsqueda de formas literarias en las

lenguas indígenas. Esta literatura [...] no ha generado obras relevantes... (J. G. Regino, *Otra parte de nuestra identidad*, 1998). Regino, con quien por demás conversara de este punto en otro encuentro en La Paz, habrá distinguido de entrada entre escrituras «indígenas» *propia-mente* dichas (esto es, que se inscriben en tradiciones amerindias específicas), escrituras «indigenistas» (que hacen de lo indígena su tema) y la mentada «literatura en lenguas indígenas», escritura occidental en una lengua amerindia.

A las distinciones esbozadas por Juan Gregorio Regino habría que agregar tal vez la de aquellas escrituras abiertamente entreveradas, esto es, las que hacen del «doble registro» amerindio/occidental, de la doble o múltiple referencialidad de tradiciones (y acaso de la suspensión de toda pertenencia tradicional), su im/propia condición de im/posibilidad: lo que José María Arguedas llamara en su momento «mistura», envió en el que él mismo se habrá inscrito, que reconocerá en el *Primer nueva corónica y buen gobierno* de Huamán Poma su destello andino inaugural y en *Trilce* de Vallejo su cima (*Entre el kechwa y el castellano, la angustia del mestizo*, 1939), y que el *El pez de oro*, textil monstruoso del puneño Gamaliel Churata, habrá venido luego a subrayar (La Paz-Cochabamba, 1957). He aquí un misturáceo botón contemporáneo, de muestra: escrito en guaraní, es un pasaje que se inscribe tanto en

referencia a la danza ritual guaraní *tangara* como a la escritura fónica de ciertas vanguardias literarias. Su autor, el paraguayo Ramón R. Silva (*Tangara Tangara*, 1985), ex integrante del grupo vanguardista *Paraguay ñe'ê*, es parte de una generación de escritores que habrá hecho de la liberación de la lengua guaraní (liberación de los moldes castellanos y del guaraní colonizado o «reducido») y, en algunos casos, del encuentro interescribital, una de sus marcas señeras:

### **Avañe'ê parãrã**

Guarani.  
Parãrã perere.  
Parãrã.  
Perere.  
Piriri.  
Pilili.  
Pororo.  
Purûrû.  
Pyryryi.  
Plíki plíki.  
Tumbýky tumbýky.  
Ple ple.  
Guaraníme.  
Parãrã perere.  
Taratata.  
Perepepe.  
Piripipi.

Tyrytyty.  
Turundundun dun dun.  
Charráu.<sup>10</sup>

Que la literatura pueda ser una tradición abierta, esto es, entre otras cosas, que *quienquiera* pueda «cultivarla» o responderle, no le ahorra a tal quienquiera medirse con (y a la vez, en algún punto, desmedirse, desprenderse de) los hitos y/o envíos marcantes de la dicha tradición. Al mismo tiempo, y precisamente dado que en aquestas sursuráceas comarcas la literatura habrá sido parte de la tradición lingüístico-cultural dominante, una escritura no meramente cínica hubiera de franquearse un paso allende la Literatura y el Arte sin más (cierto: también la dicotomía entre «dominante» y «dominado», «víctima» y «victimario», habrá de ser desmontada por el camino, su economía sacrificial; puesta en vilo mas no borrada sin más). Que una tal escritura,

---

<sup>10</sup> Citado en W. Lustig, *Ñande reko y modernidad: hacia una nueva poesía en guaraní* (1997): Lustig avanza el siguiente traslape del fragmento: Ruidos de la lengua del hombre [fragmento] // Guaraní. / Estruendo latido. / Estruendo. / Latido. / Chisporroteo. / [diarrea] / Tiroteo. / Crujido. / Volteos. / Torpeza. / Trasero trastumbo. / [burbujeo de un líquido espeso] // En guaraní. / Estruendo latido. / Retemblor-estrépito. / Tableteo-bofeteo. / Ametralladora. / Arrastre-latido. / [cornetín de asta vacuna]. / [agua derramada]. [Nota del autor]

desliteralizante si se quiere (más que posliteraria o posoccidental), pudiera seguir llamándose, por caso, «poesía», requeriría una lectura atenta de ciertas hilachas señeras, tal «Balada arcaica» del pampeano Bustriazo Ortiz, *El meridiano* de Paul Celan, *La escritura del desastre* de Blanchot y/o *Dar la muerte*, de Derrida, que, de cierto, nos es posible pergeñaren esta ocasión. Tal vez «surescrituras» sea un nombre, entre otros migrantes nombres, para tal acaecer. Tal vez –esta vez:

neste **Times N**  
**ew Roman**, en este colapso  
nuestro, muerto, o  
éste

en que ni la muerte  
es segura, la  
propia, en este tiempo  
a riesgo

menos que un fraseo  
tipo, más  
que un término justo, tocayo, su-  
yo: *Layu qucha*  
*sani unu* (lo que sólo  
odi o, quién sabe, warak'a,  
onda trágica, traduce/n); en este tiempo

en que ni la muerte es  
segura, ni ~~ella~~  
sacrifica con todo el sacrificio –acarreada  
al papel (no habiendo víctima  
sin tipo), a la pantalla, a la pared,  
a la consciencia, a lo legible, tiempo

abierto, inseguro, flor  
de aguayo en flor, co-  
marca, hoy, guarda ilegible.

Habrà habido pues una vez, y aun otras, una tradición –su nombre: Occidente– que, con todo, verosimilmente nunca fuera *una*. Y es que la misma posibilidad de identificar una tradición o envío como tal y aun todo movimiento identificatorio habrán presupuesto una alteración originante, un origen alterado, un extrañía umbilical y/o aborigen. Tal descoyunte, tal *entre* que abre un tal desarreglo, y no un lugar o un sentido asegurado de antemano: única posibilidad tal vez para *surescrituras*, única repartida posibilidad para algo así como (de escritores/as) un encuentro.

*La Paz, 17 de septiembre del 2003*

